



En la cala vecina a La Alcazaba la pesca es ya de los marroquíes.

## LA GUERRA SECRETA DE MELILLA

*El silencio, la distancia, mantienen a Melilla en una brumosa incógnita. Avanzada en Africa, puerto natural de la minería del Rif, máximo, y ya único, exponente de un pasado colonial, Melilla ha entablado una batalla contra la Historia. Es un enclave que busca afanosamente su personalidad. Algunos de sus habitantes, incapaces de aceptar el presente, se aprestan a una guerra secreta que, de antemano, tienen perdida. Mientras, cientos de marroquíes y musulmanes españoles aportan, día a día, la savia de su presencia africana para que la ciudad continúe su ritmo.*

**C**ON toda la carga trágica de simbolismo que la hora significa —“a las cinco de la tarde”—, como en una imaginaria corrida de toros, el 17 de julio de 1936 empezaban en Melilla las ejecuciones (1) y matanzas precursoras de un agrio brote africanista que, más tarde, se llamaría Glorioso Alzamiento Nacional. No era ninguna casualidad que la sublevación se iniciase en la vieja fortaleza mediterránea —el Russadir de romanos, fenicios y árabes— abierta a Europa entre unas cabillas perennemente hostiles del Rif Oriental. Tampoco es una casualidad que el viajero, que llega con el calor terroso del “poniente” en el verano de 1977, si tiene la osadía de arriesgar su tranquilidad para alcanzar Melilla

en avión (el viaje, desde Málaga, se efectúa en una avioneta “Canadá DH”, de algo más de doce plazas, en continuo vaivén sobre el resplandor azul del Mediterráneo, y con un “pasillo aéreo” en territorio marroquí que dificulta y empujea el aterrizaje), sea recibido en el aeropuerto por un inesperado retrato de Francisco Franco encabezando su polémico —cuando no apócrifo— mensaje “post mortem”.

El ánimo del viajero, por complaciente que sea, ha de sufrir reparos hasta adaptarse a la óptica mellillense, donde es habitual distinguir por las calles a lectores de El Alcázar —sin que esto quiera presuponer una valoración peyorativa, sino matizadora de una realidad— y, en la somnolencia de la siesta, de obligado cumplimiento, puede verse sorprendido por el insólito repique de campanas que, en la plaza de España, interpretan

“Banderita tú eres buena...” al dar las horas. No, el viajero ha de saber incorporarse a los trece kilómetros cuadrados de espíritu anacrónicamente colonial que aún renquean en el extremo oriental de Marruecos, apenas a unos kilómetros de la barrosa desembocadura del Muluya y de la frontera argelina.

En el reducto roquero de Russadir —“Melilla la vieja” o la Alcazaba, como ahora es conocido— se alza la prisión que, a fines del siglo pasado, albergaba a una población de apenas ochocientos penados. Por su espesor y altura, la muralla es un nítido exponente de su inalterable presencia histórica. La Casa de Medina Sidonia fue encargada por los Reyes Católicos de su ocupación, y Pedro de Estopiñán (al que la ciudad dedica un monumento entre otros muchos a los que los mellillenses son desmedidamente aficionados) llega des-

FERNANDO GONZALEZ

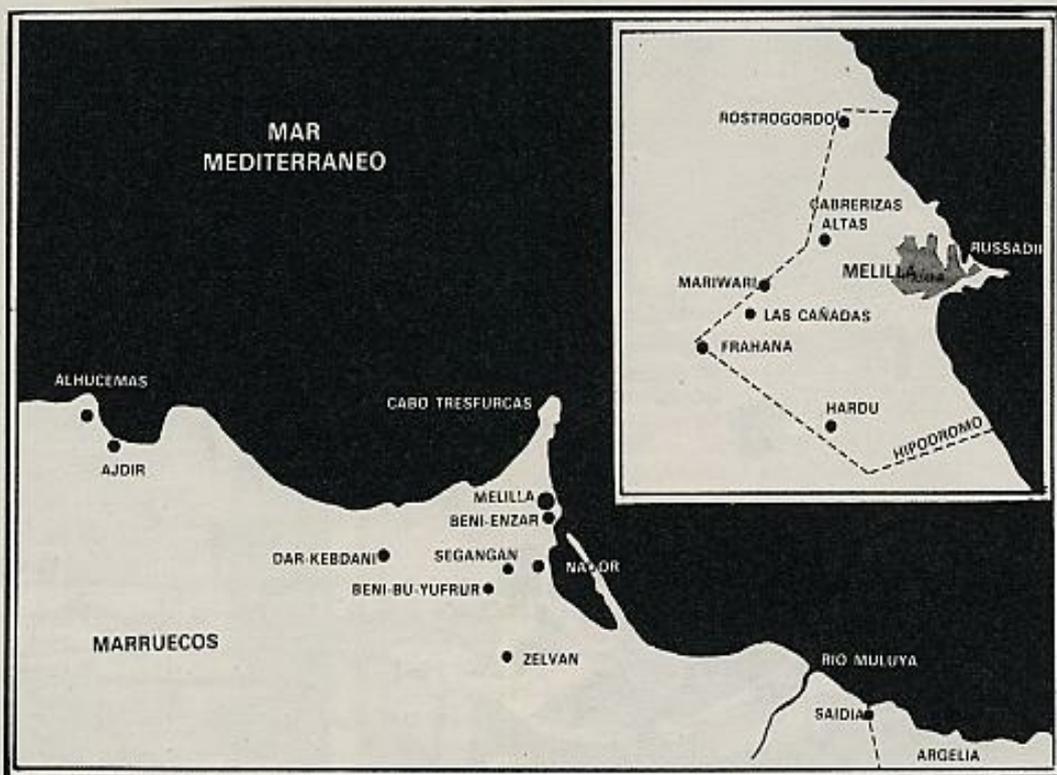
de Jerez, en 1496, y ocupa la roca a la que refuerza en sus defensas. Todo el estrecho conjunto que ciñe la muralla, apenas a unos pasos, en varios siglos, para extenderse por lo que hoy es la Melilla del ensanche. Algunos nativos, posiblemente descendientes de la población reclusa, alardean de que en el recinto amurallado se conserva el único arco gótico, con arranque de bóveda, en toda Africa. En esa misma caleta, vecina a la Alcazaba, embarcó Abderramán el Grande, el fundador del califato cordobés, perseguido por los abasidas. Siglos después, feble y vencido se acogía a las aguas de Melilla —denominación que siempre otorgaron las cabillas ribereñas— Boabdil el Chico, despojado de su paradisiaco reino granadino por los ballesteros de los mismos Reyes que conquistarían Melilla. Todo un símbolo del peregrino ir y venir del Andaluz.

(1) Un testimonio excepcional es de Javier Lanuza (“Así comenzó”). Edit. Andarivel, México, 1974.

## MELILLA

Incluso para el viajero menos avezado, Melilla supone otro ritmo vital, diferente al que se lleva a cabo en la Península (la incorrección de referirse a "España" para indicar la Península, tiene en Melilla graves consecuencias). La lentitud la puede dar el viento de levante, arrojando puñados de olor marino sobre el palmeral en el centro de la ciudad, o el fácil discurrir de los pobladores por las aceras —"Oiga usted, las únicas de mármol de toda África"—, lo que crea una especialísima forma de caminar, deslizándose, a la que miméticamente se adapta el viajero, o el multicolor rebullir de los compradores por las calles comerciales (bereberes de chilabas rayadas, rifeños de turbante blanco arrollado con fuerza a la cabeza rapada, "moros" melillenses a duras penas incorporados a la rutina del blue-jeans, indios de innegable serenidad comercial y mujer envuelta en sari, como mariposa en perpetua primavera) con el desinteresado "perder el tiempo en escaparates", preparando el regateo, necesario, casi ritual. La lentitud da un paisaje en donde abunda la palmera, la higuera baja y las chumberas que delimitan los barrios de musulmanes. Posiblemente también influye la humedad que el levante filtra por todos los resquicios de la ciudad repintada en amarillo y crema. En la amanecida, Melilla es de chantilly.

Hacia Occidente, entre pequeños regadíos, olivos, alguna palmera y el estallido de yucas silvestres, asoma la frontera de Mariwari, conocida en la zona como "la ruta de la grifa". An-



tes, y ya en territorio español, se alza el barrio de Las Cañadas. "Fijeze usted er mal gusto de loh moránganos, tóo pintao en azul", explica un funcionario amante, al parecer, de la simetría y el plástico de la pseudocultura europea que adorna el sector comercial de la ciudad. En Las Cañadas o en la Cañada de la Muerte se hacinan "los moros", en un "apartheid" inconcesable. En Las Cañadas —rompecabezas azul desparramado en una torrentera con un antiguo fortín en la cúspide— el agua se atesora en un depósito, alambrado, y fuertemente custodiado por la Legión. En Las Cañadas

huele a hashish, a especias y a orines de cabra y niño. En Las Cañadas, donde no hay escuelas, ni alcantarillas, ni médicos, es fácil ver, al amanecer, a las jóvenes moritas que bajan a la carretera para acercarse a la fábrica de salazón. Arrebujadas en el caftán, caminan a buen paso para alzarse con un jornal que, en el mejor de los casos, no superará las mil quinientas pesetas semanales. Las moritas de Las Cañadas o las de Carrerizas Altas —que obligan al viajero a sentirse inmerso en el mundo literario de un Sender del "Iman" o de los relatos de "Crónica del Alba"— trabajan por la paga raquí-

tica, sin derecho a seguros sociales.

La vida en Las Cañadas, para casi cinco mil musulmanes, es una forma encubierta de colonialismo explotador. "Ellos vienen por su propia voluntad, señor", aclaran en un puesto fronterizo, el de Frahana. El polvo rojizo se cuele impunemente por la frontera, ayudado por el "poniente" que sopla desde las cumbres del Rif. Hasta el viajero llegan, desde los primeros pasos en Melilla, los ecos de un trasfondo racial y colonial, peligrosamente agudizado. Aun sin ánimo de tomar postura, el viajero ha de verse obligado a la definición.



La población flotante marroquí mantiene el comercio y las profesiones liberales.

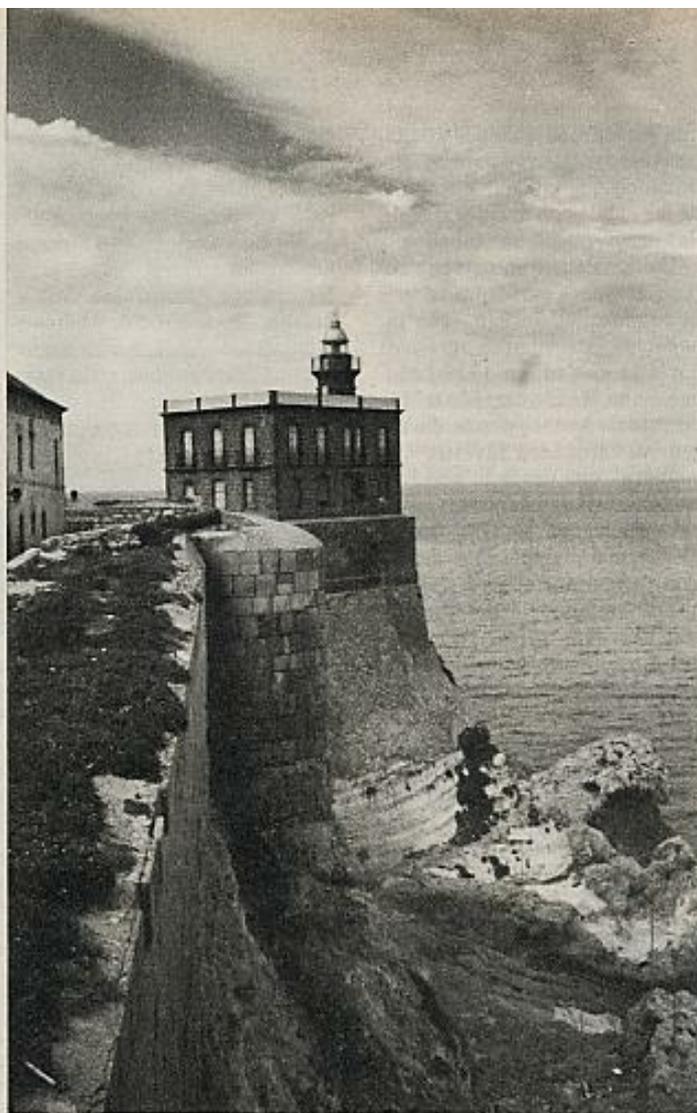


El comercio, más sólido que en Ceuta, está en manos marroquíes.

“¿Verdad que Melilla es un pedazo de España?”, preguntan, ya en los mármoles del enlosado urbano, los miembros de APROME (Asociación Prodefensa de Melilla). Resultan complejas y arriesgadas las evasivas. En Melilla las posiciones están —al revés que en Ceuta, donde se detecta un temor impreciso— peligrosamente radicalizadas.

El censo de población, en las pasadas elecciones, arrojaba la cantidad de cuarenta y seis mil habitantes. Habitan, sin embargo, muchos más. Son los “moros sin censar”. De los españoles cabe reseñar tres categorías esenciales: militares (reducidos recientemente a algo más de ocho mil, incluyendo dos banderas del Tercio Sahariano, Alejandro Farnesio, trasladadas desde el Aaiún), funcionarios de la Administración —Local y Central— y comerciantes. Existe también una recoleta comunidad de trabajadores melillenses de origen español, son minoría y de ellos se nutren los partidos de izquierdas, lógicamente de escasa implantación en la zona. El resto —la mayor parte— del mundo laboral radica en los “moros”.

Melilla aparece como una ciudad cálida y coherentemente colonial. Amplios paseos —destacando, naturalmente, la avenida del Generalísimo—, calles proporcionadas y bajo advocación militar. La fusión de la Muralla de Russadrir y la nueva Melilla, cuando en 1850 se fijan, de acuerdo con el Sultán de Fez, los nuevos límites (“el alcance de un tiro de cañón del 24, de la plaza”), obliga a la emigración de las cabillas próximas. En la actualidad se sucede sin transición de una a otra arquitectura. La severidad —un poco trasnochada— del viejo recinto se entre-



Tras los muros de la antigua Russadrir había, en 1908, menos de mil penados.

mezcla con el barroquismo y los miradores “art nouveau” del ensanche. Pegadas a las rancias murallas se desarrollan viviendas en las que se aloja la creciente “invasión” musulmana. En un decrepito edificio, probablemente almacén, desechado, se improvisa una mezquita más

para los rezos islámicos de la nueva población. El viajero puede verse asaltado por la llamada inmisericorde del muezin, desde un ventanuco de la entreplanta, convocando a los fieles para el ritual del Ramadán.

Tres factores condicionan a la existencia de Melilla como enclave: el puerto franco (amenazado por la casi finalizada construcción de un dique marroquí que, partiendo de Beni-Enzar, se adentra en aguas teóricamente españolas, construido por técnicos rumanos), el comercio —del cual es cabeza Melilla— con el Rif y el carácter de área subdesarrollada que manifiesta la región marroquí lindante con Melilla (Nador, Segangan, con las polémicas minas del Rif cuyo ferrocarril continúa descargando mineral en el puerto español; Zeluán, Beni-bu-Yafrur, Dar-Kabdani, etcétera...).

—Nos invaden, están haciendo la “Marcha de la Tortuga”, afirma un destacado miembro de APROME, conocido comerciante.

Para alcanzar a comprender el “miedo a la invasión” que se materializa entre la población de origen español, hay que sumergirse en la descansada posición

de los defensores del “¡Melilla español y HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO!”. Recostado en las terrazas ciudadanas, el funcionario —casi todos los sectores sociales melillenses viven directa o indirectamente del Estado— saborea una cerveza de importación por la mitad de precio que en la Península. A escasos metros aguarda su automóvil, libre de impuestos (destacados líderes políticos, incluso de la izquierda, poseen un Mercedes 300, último modelo). Su sueldo oficial es el cien por cien más elevado que en el resto de España. Naturalmente, el tabaco —que venden nubes de jóvenes “morillos” por las calles, con lo que tan ni siquiera hay necesidad de acercarse al estanco—, o las bebidas cuestan el cincuenta por ciento menos. Las famosas aceras de mármol relucen porque desde las primeras horas alguna cabelleña —posiblemente envuelta en sus tules blancos, vaporosos, esponjados, con las palmas de pies y manos teñidas de rojo enea, encorvada sobre el trapo de fregar, como una ridícula novia momificada del colonialismo— ha repasado, por unas pesetas, los pavimentos pulidos, blancos veteados en burdeos, de la calle, donde se acumulaban los papeles, colillas y restos de cigallos del aperitivo. En la casa del funcionario, amplia, con apariencia decimonónica, sombreada de plátanos y magnolios, trabajan otras rifeñas que, llegada la noche, suben a Cabrerizas Altas, mientras algunos de sus hijos venden en la calle chicle, tabaco, grifa o collares. Las hijas habrán de prostituirse, en la mayoría de los casos.

“De seguir esta trayectoria ascendente (la invasión), no sería aventurado asegurar que dentro de poco (cuatro años no significa nada para un pueblo) habrá musulmanes españoles en las próximas elecciones generales y locales. Si ellos forman un bloque y nosotros nos encontramos divididos, por condicionamientos políticos, sus posibilidades son máximas... salvando las diferencias palpitantes están actualmente los casos de Rodesia y África del Sur, donde más tarde o más temprano va a quedar demostrada esta teoría, o lo que es lo mismo, la minoría no puede mandar en la mayoría...”.

Con argumentos tan coherentemente coloniales exponía APROME en carta abierta al delegado del Gobierno (que es, a su vez, el comandante general de la plaza), el pasado 5 de agosto, su punto de vista sobre la acumulación de licencias para abrir comercios concedidas a marroquíes, documentos de identidad expedidos a musulmanes y pre-



El puerto se ve amenazado por un dique marroquí.

## MELILLA

sencia masiva de "gentes de otra raza" en Melilla.

"Si son ciertos —asegura el citado escrito— los hechos de permanencia de un elevadísimo número de marroquíes en Melilla, preguntamos: ¿Están legalmente? ¿Ilegalmente? Si es lo primero, ¿por qué se autorizó? Si lo segundo, ¿por qué permanecen?... ¿Por qué esas certificaciones de nacimiento, presencia de testigos falsos y otras componendas que V. E. no desconoce y se toleran?"

Al presidente de APROME, José Sánchez Mota, médico y teniente de alcalde, le han impuesto recientemente la multa de 100.000 pesetas por promover manifestaciones no autorizadas. En el escrito al delegado del Gobierno, APROME ve así a la sociedad melillense, lo que da idea del matiz de la institución:

"En esta ciudad residen dos grupos: los que piensan morir fuera del convento o aves de paso, y los que desean morir dentro del convento... En el primer grupo están la mayoría de las autoridades; con sus poltronas, sus cargos, su 100 por 100, su Mercedes y sus ahorros para un piso en la Península. A éstos, Melilla no les importa nada. En un segundo grupo están los buenos melillenses, que si bien algunos gozan de estas ventajas, ¡bien merecido lo tienen!..."

Resulta de todo punto imposible al viajero establecer diálogo sobre la posible convivencia con el entorno marroquí, del que Melilla depende. Es este un argumento polémico que el espíritu colonial de la ciudad africana no admite. Hay, naturalmente, grupos minoritarios que mantienen tesis anticolonialistas, como el PCE, el PTE e incluso ciertos sectores del PSOE o el PSP, pero la gran masa de Melilla no está, evidentemente, con estas posiciones. Un cálculo aproximado da la cifra de 16.000 musulmanes de residencia comprobada en Melilla. "Se reproducen como conejos", aseguran confidencialmente en el "Telegrama de Melilla" —diario local que evoca, con su antiguo nombre de Telegrama del Rif, la figura mítica de Abdelkrim— al viajero. Con lógica de supervivencia para los subdesarrollados, los musulmanes de Melilla, los últimos en el escalafón socio-económico, saltan todas las barreras demográficas y superan a sus convecinos en el número de hijos. "¿Quién los controla?" —pregunta el funcionario en la segunda ronda de cervezas con "pescaito" frito y chanquetes—, "hay un médico y

una comadrona que, por 20.000 pesetas, arreglan la papela, certificando que cualquier mojamé de las cabilas ha nacido en Melilla; ná, lo dicho, nos invaden".

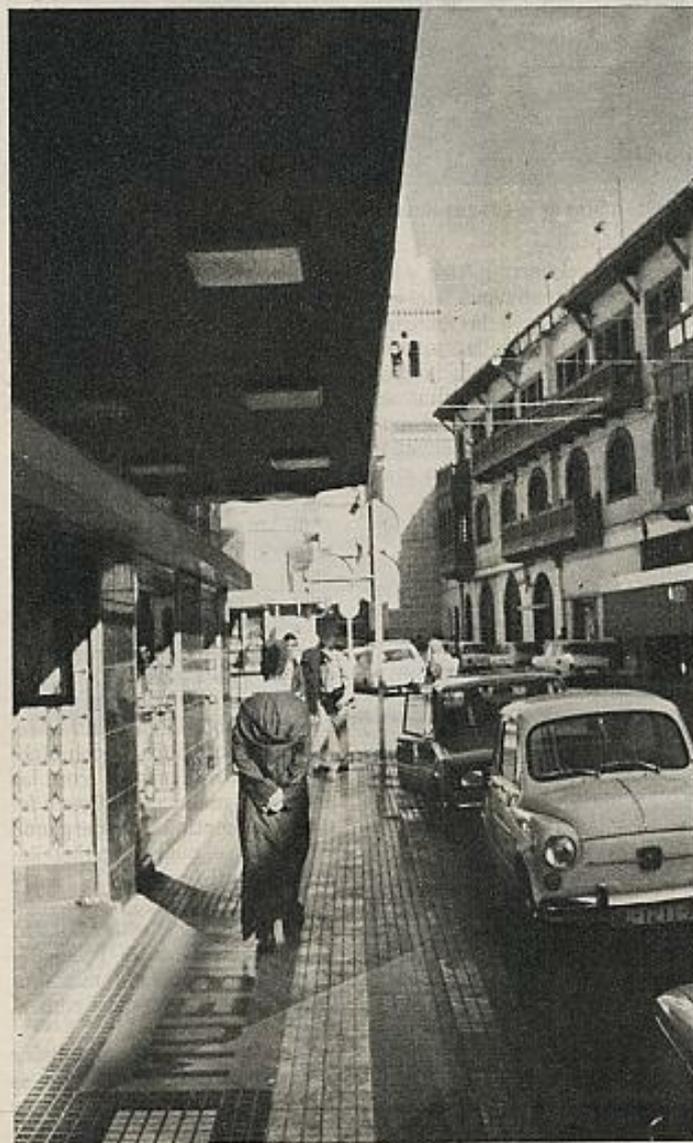
Un "poniente" inesperado corona de nubes perfiladas en gris la cumbre del Gurugú —con innegables antecedentes agresivos hacia la ciudad, en 1921 cañoneó a una Melilla cercada tras la derrota de Anual y el suicidio del general Fernández Silvestre—, el palmeral, que desde la plaza de España se extiende por los jardines melillenses, se agita provocando una inexplicable sensación de cansancio. En las esquinas de las calles con nombre inequívocamente militar, los cambistas asaltan al viajero: "Change, cambio..., hashish, grifa...". La gran masa de compradores marroquíes que vitaliza y mantiene el comercio local discurre lenta, apoyándose en cayadas, arrastrando niños, entre chilabas, velos, tarbots y pañuelos de colores calidoscópico. El comer-

cio de Melilla, todo lo contrario que el ceuti, es firme, dando la impresión al viajero de solidez. Está en manos de marroquíes —unos de los principales almacenes, los Almacenes Generales de Melilla, por ejemplo, son propiedad de un marroquí, Mohand-Moh-Motar—, hebreos o indios, aunque estos últimos, en la plaza desempeñan el papel de "importadores" de la industria japonesa y los consabidos "productos orientales". En determinados círculos melillenses se teme el poderío comercial marroquí. "Si hace falta se les quemar los establecimientos, rompiendo los cristales", afirman unos posibles miembros de los GAU (Grupos de Acción de Ultramar). Las estadísticas, naturalmente, hablan de que la mayoría de los delinquentes son de origen marroquí, como debería esperarse de la comunidad más subdesarrollada. El viajero en Melilla no consigue localizar —salvo la excepción de un minúsculo grupo cristiano de

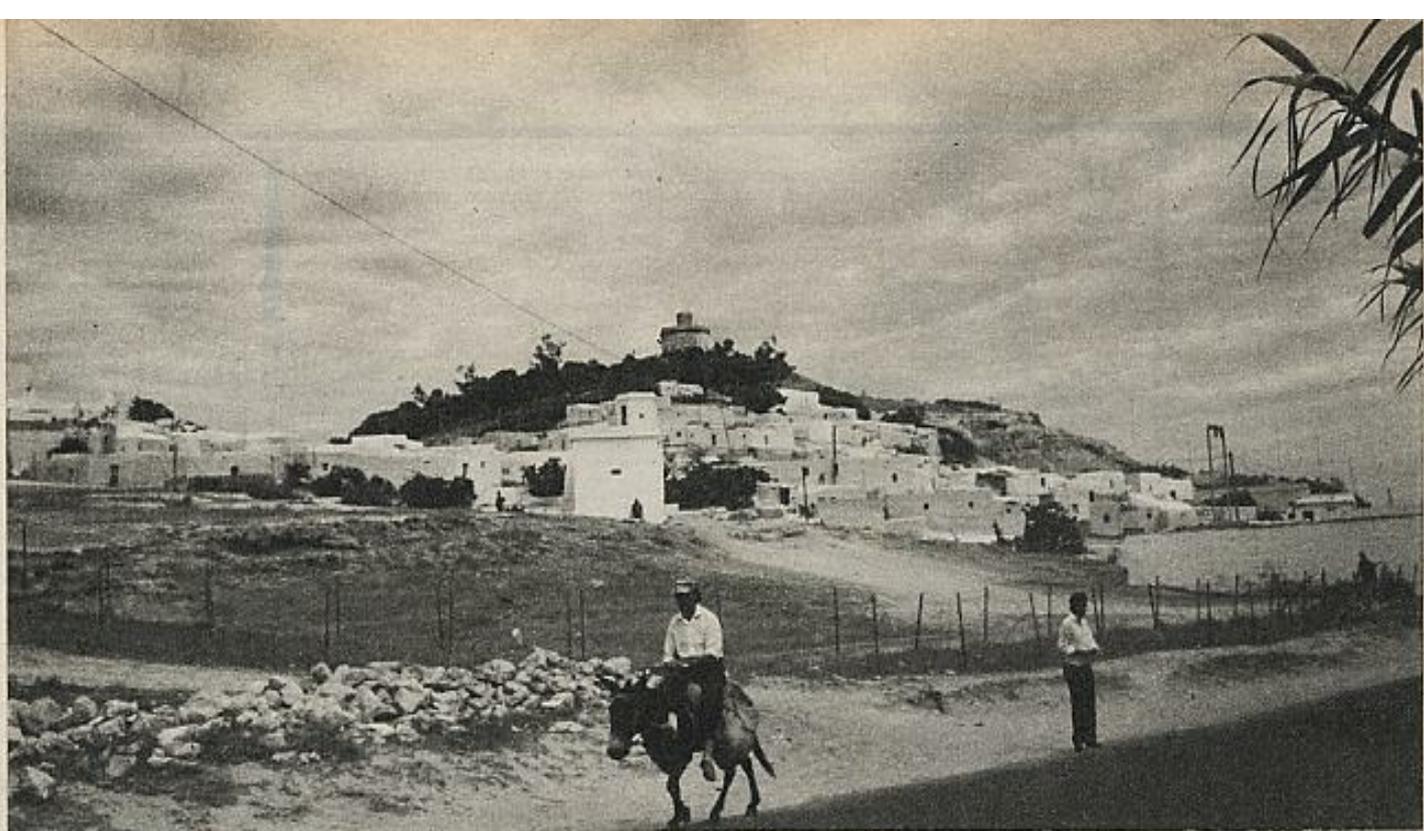
convivencia— a nadie que se preocupe por integrar y culturizar a los cabileños instalados en Melilla o a los residentes en Las Cañadas, Cabrerizas Altas o las proximidades de la calle Mar Chica. Y ello por un doble e interesado motivo.

Manteniéndolos en el analfabetismo y el subdesarrollo, son una fácil y sumisa mano de obra. El melillense es incapaz de renunciar al abandono colonial del "morito" servidor. Por otra parte, esa necesidad del "embrutecimiento programado" de lumpem marroquí residente en Melilla, crea un foco de delincuencia que, por el volumen de la población musulmana, creciente desde 1956, afecta ya "a las familias de orden de Melilla". Ahogados en sus contradicciones, los profesionales del que en su día fuera presidio mantienen una innegable política enriquecedora. Los médicos consultan marroquíes de toda la región (el enfermo cabileño ha de llegar con 1.000 pesetas en la mano para obtener "la papela del número", posteriormente si es consultado ha de pagar a elevado precio esa consulta; si, por cualquier circunstancia pierde la "papela del número", pierde, simultáneamente las 1.000 pesetas). Es frecuente ver a una numerosa familia de las cabilas de Beni Sicar o de Nador salir de los consultorios médicos melillenses ya con medicinas compradas a precios excesivos. En el anverso se puede leer "muestra gratuita".

Las farmacias se nutren también de marroquíes, ya que gran parte de la población, directa o indirectamente, tiene acceso a la Farmacia Militar. Hasta altas horas, en las farmacias de guardia se pueden encontrar "moros" buscando medicamentos. Toda la ciudad depende esencialmente de Marruecos. El mercado es casi exclusivamente de rifeños que, diariamente, acercan sus productos de excelente calidad. Ya no quedan prácticamente pescadores españoles; apenas sobrepasado el dique de Melilla se encuentran en aguas jurisdiccionales marroquíes. El pescado y el marisco que diariamente inunda los bares y restaurantes lo suministran pescadores marroquíes. Los melillenses de espíritu burocrático "encuentran natural" esta dependencia económica, pero se sientan ofendidos cuando los comerciantes musulmanes penetran lentamente en los escaños más elevados de la pequeña comunidad. Suspiran por el privilegio en vías de desaparición. Añoran el tuteo so-



Melilla es una ciudad cálida y coherentemente colonial.



Las Cañadas son como dados azules con un fortín en la cúspide.

bre el "moro", la superioridad que otorgaba el Protectorado, donde ser ciudadano español era "algo". Anclados en un pasado colonial, son, indudablemente, un producto ahistórico que pretende sobrevivir sin aceptar su entorno socio-económico.

A la sagrada hora de la siesta la ciudad española, públicamente, se repliega en sí misma. La ciudadanía musulmana vergonzante, continúa deambulando por las calles, codo con codo con legionarios y regulares que aprovechan la hora del paseo. Una línea de autobuses, destartada, tercermundista, inexplicable —propiedad también de un marroquí—, aglomera gentes en su parada. Cabileños que se han desplazado a Melilla a comprar, al médico, a la farmacia. Hay balidos de cabras inquietas, clo-

queos de gallinas y chau-chau de conversación en "shelja" o en algún dialecto riffia. En las muñecas, naturalmente, el Seiko de pantalla ennegrecida; el Citizen o el Orient con dígitos. La tecnología es compatible con el subdesarrollo, siempre que los subdesarrollados consuman.

Tras la siesta, la ciudad renace. En las terrazas y, en el verano, en las arenas de La Hípica (sociedad cívico-militar con playa amurallada, exclusivista, en donde se encuentran con monótona rutina, día a día, los melillenses de la élite) se bebe cerveza o whisky, mientras sirven inenarrables tapas de chanquetes, boquerones, langostinos o salmonetes. "Er día 20 de junio de 1980 ez la entrega", comentan sin creérselo del todo. La fecha proviene, al parecer, de las

cláusulas secretas del Pacto de Madrid para la cesión del Sahara. Allí se especifican —según los augures melillenses— los términos de la "entrega" de Ceuta y Melilla, a las que Marruecos se ha comprometido a no reclamar entre la fecha de la firma del pacto (11-XI-1975) y 1980.

Desde Málaga llega el barco, tras una lenta travesía —una noche—, cargado de parientes peninsulares, de marroquíes en vacaciones, de soldados con permiso finiquitado, de técnicos españoles en las factorías y oleoductos de Argelia, de turistas que buscan y ensayan tímidamente una vuelta por Marruecos —"el tour del antiguo Protectorado"—, de periódicos atrasados, de automóviles en ruta veraniega. Los miércoles parte del espigón el barco-correo-suministro a las islas Chafarinas, que después, en una interminable navegación costera, llega a Ceuta, visitando a las guarniciones aisladas del peñón de Alhucemas —centrado en la bahía, frente a Ajdir, la efímera capital de Abdelkrim— o del de Vélez de la Gomera amenazado por las cordilleras rifeñas de Torres de Alcalá y los Bokkoyas.

—¿Los diputados? —preguntan irónicamente los melillenses en los aguaduchos de la playa, tñtada por la contaminación que se desprende del cargadero de mineral—. Los diputados del Gobierno, Ruiz o García Margallo, son amigos de Suárez, no esperamos nada de ellos.

Casi unos 20.000 melillenses

se han trasvasado a Málaga en los últimos años. Cuando con motivo de la Marcha Verde se cerró la frontera marroquí, Melilla comprobó asombrada que dependía total y exclusivamente de su contorno geográfico, que, pese a toda su retórica andalucista, era un fragmento africano, cuyo riego sanguíneo partía de Nador, Ujda o Berkane. Tres días sin legumbres, sin carne, sin pescado y sin consumidores (clientela de médicos, farmacéuticos y funcionarios). Cuando estallaron las bombas —una de ellas en la cafetería Metropol, en la plaza de España—, el temor tomó consistencia. La Legión arrinconó a los musulmanes. Hubo palizas indiscriminadas. Pero Melilla comprobó que, tras una inconfesable simbiosis, era ya cuerpo y sangre de Africa. Necesitaba a Marruecos al que tan globalmente rechaza. Todo el rencor colonial que en su día albergaron los "pied-noirs" de la OAS se alza ahora en una guerra sorda y secreta, que saben perdida.

El viajero abandona Melilla con el ánimo tenso. En el cabo Tres Forcas faenan pesqueros marroquíes, y el paisaje, abrupto y ocre, parece aislar más a Melilla, que se estremece en sus palmeras por el viento terrero. En las tres colinas en que se asienta el enclave hormiguean gentes que parecen enfrentarse con la Historia, como diminutos e incógnitos quijotes perdidos en la costa africana. ■ F. G. (Fotografías del autor.)



En las cortadas de Rostrogordo.